

la **R**evista

para leer en verano

DOMINGO 18 DE JULIO DE 2004



LITERATURA

Las andanzas
de **Cela**
en Cebreros



Novela
coleccionable

Tercera entrega de la novela inédita
del escritor abulense y colaborador de
Diario de Ávila Félix de González

SUPLEMENTOS INTERIORES

DE DOMINGO:
Caminos que llevan
a Santiago

Dicen que el Camino
de Santiago empieza en
la puerta de la casa de
cada uno. El peregrinaje
jacobeo es, ante todo,
un 'atajo' sociocultural

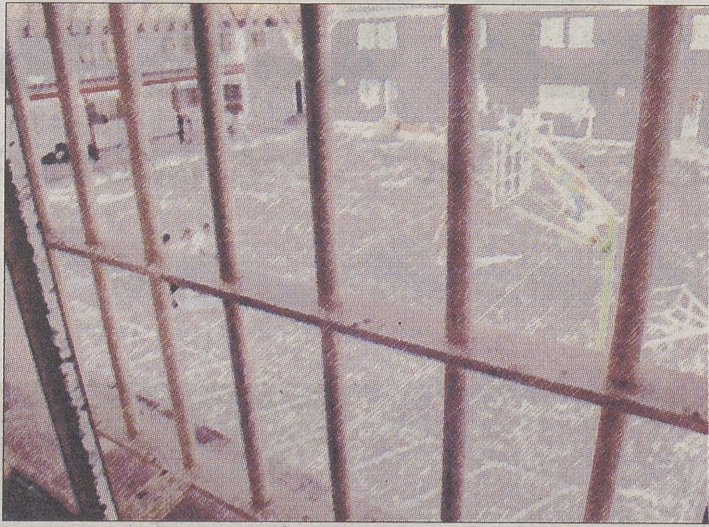


EL RASTRO
DE ÁVILA

Información
económica, empleo,
formación...

Suplemento de 16 páginas

LATRIBUNA ABIERTA DEL VERANO



Contra vivos, vivillos

Gonzalo Ortega

COMO ya se sabe, quien hizo la ley hizo la trampa; a seguridad nueva, trucos novedosos; a respuesta de zorro, contestación de león y para uno que se siente muy vivo siempre hay un vivillo.

Y les cuento lo del recluso que sabía que toda la correspondencia de la prisión pasaba por la censura. Así que, cuando recibió una carta de su mujer en la que le preguntaba cuál era el mejor momento para sembrar patatas en el huerto familiar, él le mandó una misiva con el siguiente texto: «Por ningún motivo caves hoyos en el viejo huerto, porque allí es donde enterré todas mis pistolas». A los pocos días, el recluso recibió otra carta de su mujer en la que le decía que habían ido a su casa seis policías y habían removido hasta el último centímetro del huerto. Y a vuelta de correo la esposa recibió otra carta del recluso: «Ahora, ahora es el momento de sembrar las patatas».

Los policías le había hecho gratis la labor de remover el terreno y además no volverían por allí tras el fracaso de su búsqueda. Las patatas se desarrollarían muy bien con aquella labor.

A la perspicacia policial de buscar datos en la correspondencia respondió la sagacidad del recluso para sacar prove-



Gonzalo Ortega.

cho de aquella metodología. O sea, del vivo, al vivillo.

Y lo de aquel comprador de vidrio para reciclar, que se dirige a una señora que está a la puerta de su casa:

- ¿Tiene usted botellas vacías de vino?

Y la señora que responde malhumorada:

- ¿Acaso tengo yo cara de beber vino?

Y el comprador, que no se inmuta y vuelve a la carga:

- Perdona, señora, no quería ofenderle, ¿tiene usted botellas vacías de vinagre?

O sea al desplante de una que se creía muy viva, la hiriente respuesta de un vivillo.

Y así mucho rato enlazando vivos y vivillos, que la viveza no termina en nadie.

NERUDA pasaba por Tenerife a bordo del barco Verdi con destino a Valparaíso. Viajaba con Matilde Urrutia, su mujer, de la que todos nos enamorábamos. Iba a apoyar la candidatura presidencial de Salvador Allende, el líder de la Unidad Popular. Estaba feliz y tomaba cerveza y comía arepas; nosotros le hicimos bajar del barco, aunque él había dicho que nunca pisaría tierra española mientras aquí mandara Franco.

Para que incumpliera esa promesa, que ya había roto en Barcelona, cuando Gabriel García Márquez le sacó a pasear por el Museo Naval de las Atarazanas, fue preciso que le dijéramos que abajo le estaban esperando, en un bar espléndido de Santa

Don Pablo

Juan Cruz

Cruz, algunos de los supervivientes de su propia generación, la del 27. Estos hombres, unidos por el surrealismo, eran Eduardo Westerdahl, Domingo Pérez Minik y Pedro García Cabrera.

Aún les veo, felices con el viejo amigo, hablando de Federico y de Rafael, recordando la inmensa alegría que todos compartieron en los años previos a la Guerra Civil española. De aquella noche memorable de 1970 tengo el recuerdo, también, de las engañosas estrellas que parecían presagiar un mundo extraordinario y maravilloso que se truncaría sólo tres años después, cuando la tropelía fascista acabó con la democracia chilena, precipitó la destrucción de las ilusiones y llenó de melancolía, y después de muerte,



Juan Cruz.

aquellos ojos aniñados del poeta más celebrado del siglo. Ahora que es su centenario celebró aquella noche en Tenerife como una de las últimas veces que él fue feliz.

África

Miguel Ortega

COLONIZADO, expoliado, oprimido y muerto de hambre está el continente africano; también aislado por la epidemia del sida. La llamada comunidad internacional discute estos días en Bangkok cómo acabar con la enfermedad y su contagio. Cuarenta millones de personas están infectadas en todo el mundo.

África se muere, dolorida y esquelética, por ese costado, como si no tuviera suficiente con la devastación de la guerra, el azote de sus dictadorzuelos sanguinarios, el atavismo de los enfrentamientos tribales o el juego indecente de poderosos intereses económicos y comer-

ciales que la han saqueado impunemente en los últimos doscientos años.

Ésta no es el África del Tarzán de los monos que rodó Cedric Gibbons con el nadador Weismuller, un coro de alegres y supersticiosos porteadores negros, apuestos exploradores y bellas, ingenuas y ricas herederas. Es el África descuartizada por Iddi Amín Dada, encarcelada por Teodoro Obiang, segregada por Botha. No necesita rendidores, ni debates estériles. Tiene sed, hambre, guerra y sida. Necesita agua, pan, medicinas baratas y paz, además de toneladas de preservativos, diga lo que diga la cancillería católi-



Miguel Ortega.

ca romana, y en el foro tailandés un dirigente africano que presume de tamaño. Maldita la gracia del chiste.

Descenso

Juan Soto

DESDE que se extinguieron aquellas resplandecientes cabeceras de la transición (*Triunfo, Cuadernos, Cambio 16, El Socialista, Mundo Obrero*), en España no ha vuelto a cultivarse el periodismo político. Lo que en aquel tiempo era un género educativo, sólo al alcance de unos cuantos profesionales con olfato de sabueso, capacidad de análisis, generosidad pedagógica, fuentes solventes y compostura gramatical, es ahora una categoría amortizada, que diría el Ortega de *El Sol*.

No es extraño, pues, que en medio de esa debilidad el chascarrillo haya sustituido a la reflexión, ni que los grandes despliegues mediáticos estén al provecho de esa multitud de

chafarderos especializados en asaltar privacidades y meter la nariz en medio de los nalgatarios ajenos.

Esta misma semana, el presidente Fraga se veía obligado a desmentir, en carta a un periódico madrileño de indeclinable propensión gualda, un extenso reportaje acerca de una supuesta inclinación afectiva, por otra parte insustancial y moliente hasta el aburrimiento. A mí me trae sin cuidado el grado de afabilidad existente entre Fraga y la viuda de un ex mandatario uruguayo. En todo caso, allá ellos. Lo que me preocupa es el nivel de trivialidad al que han descendido ciertos periódicos para quienes los despachos de los políticos tienen menos interés informativo que sus alcobas.



Juan Soto.

«Me preocupa el grado de trivialidad al que han descendido ciertos periódicos»

Medalla de Oro de la Provincia
Fundado en 1888 con la cabecera de EL ECO DE LA VERDAD.
El 24 de noviembre de 1898 pasó a llamarse EL DIARIO DE ÁVILA

EDITA: DIARIO DE ÁVILA, S.A.

Editor y Presidente:
Antonio M. Méndez Pozo.

Director:
Carlos F. Aganzo

Redactores Jefes: Francisco Javier Martínez (Información)
y Juan Carlos Huerta Abarques (Suplementos)

Jefes de Sección: David Casillas Abejón (Cultura) y José Luis Robledo (Local). Redacción: Juan Antonio Ruiz
Ayúcar, Francisco Javier Rodríguez de Antonio, Luis Carlos Santamaría, José Manuel Maíz, Eduardo
Cantalapiedra, Arancha Cuéllar, Laura García Rojas, Marta Martín Gil, Javier Jiménez Encinar, Isabel Camarero

Isabel Martín. Fotografías: Enrique Luis y David Castro.

Delegaciones: Arévalo: Cristina García Fernández.

Arenas de San Pedro: Javier Iglesias Lacaba.

Gerente: Alfredo Blasco Nuñin

Jefe de Informática y Sistemas: Vicente García García.

Jefe de Publicidad: Alberto Herrero Moro.

Distribución: José Antonio de Miguel

promecal
PROMOTORA DE MEDIOS DE CASTILLA Y LEÓN

Consejero Delegado:
Gregorio Méndez Ordóñez

Direcciones Generales: Jesús Ángel Bueno Ordóñez (Adjunto Consejero Delegado),
Javier Gutiérrez Glez, M. Ángel Arnaiz Lozares y Rafael Monje Alonso

Subdirecciones Generales: Lorenzo Matías Rodríguez y J. Manuel Sáenz de Cabezón

Directores Departamento: Luis Santos Sánchez, Alvaro Miguel Orense y Daniel Méndez Primo

La figura histórica de Gonzalo Ayora de Córdoba (III)

Una personalidad conflictiva, oscurecida y estremecida a finales del siglo XV y primeros años del XVI, acerca al lector a las complicadas relaciones diplomáticas y bélicas en la época de los Reyes Católicos, a los turbios primeros años del emperador Carlos V y, además, a la génesis de la primera relación de sucesos de los tiempos modernos sobre la ciudad de Ávila con un entronque profundamente medieval. Un estudio de Félix A. Ferrer García, profesor de Historia en el IES "Isabel de Castilla", profesor-tutor de Arqueología en la UNED-Ávila y miembro de la Institución Gran Duque de Alba. Ha publicado los siguientes trabajos: 'Religión y festejos taurinos en Ávila, siglos XVII-XVIII', en Cuadernos Abulenses, 27 (1998); 'El santo y la serpiente. Leyenda y realidad en el cenotafio de los mártires Vicente, Sabina y Cristeta de Ávila', en Cuadernos Abulenses, 29 (2000). 'José Tello Martínez: Cathálogo sagrado de los obispos... de Ávila (1788)', Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2001. 'Rupturas y continuidades históricas: el ejemplo de la basílica de San Vicente de Ávila, siglos XII-XVI', Madrid, 2003, Tesis Doctoral, Departamento de Historia Medieval, UNED.

El capitán, cronista y comunero Gonzalo Ayora de Córdoba (1466-1538) y el epílogo... de la ciudad de Ávila

FÉLIX A. FERRER GARCÍA

Una última parte de la crónica de Ayora narra la guerra de Granada, ya en tiempos de los Reyes Católicos. No parece probable la intervención del militar cordobés en estos sucesos, pues -recuérdese- permanece en Italia hasta el año 1491. Sus fuentes de información, por tanto, son indirectas, pero su objetivo es permanente, el intento por resaltar el valor de los abulenses en el último conflicto peninsular contra el Islam.

Su obra como cronista en la guerra granadina fue conocida en su momento, si bien con un menor valor historiográfico que las publicaciones de Alonso de Palencia, Hernando del Pulgar, Luis de Carvajal, Diego de Valera y Alonso de Santa Cruz.

El cronista Hernando de Ribera, aludiendo a Lucio Marineo Sículo en el Sumario de la clarísima vida y heroicos hechos de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel (1522), asegura que «también hicieron mención de la guerra del reino de Granada el protonotario Pedro Mártir y Gonzalo de Ayora y Alonso de Palencia y Tristán de Silva», además de otros a los que Ribera prefiere no mencionar. La trascendencia que Ayora otorga a la guerra contra el reino nazarí supone la culminación de un relato que, como línea argumental, estaba guiado por el enfrentamiento entre el soldado cristiano (y abulense) y el musulmán: «E si en esta parte quisiera espaciarme o dar lugar a la consolación que mi ánima siente en la verdad de esta materia, no acabaría, y por esto y porque espero en Dios que mi historia saldrá presto a la luz donde todo se verá por estenso, quiero tomar al propósito».

Así pues, con cierta minuciosidad se cuenta la caída de Gibraltar a las manos cristianas, protagonizada por el abulense Gonzalo de Ávila en el reinado de Enrique IV, todavía no afamado como impotente, privilegiando al caballero y corregidor de Jerez de la Frontera con un escudo con un león coronado entre seis roeles, una bandera con una luna y unas letras arábigas, pasando luego a ser ayo del príncipe don Juan. Una genealogía encabezada por Francisco de Valderrábano, acompañado por Diego de Bracamonte, Pedro Dávila y Pedro del Águila, interviene directamente y con un papel estelar en algunas batallas de la guerra contra Portugal y los partidarios de Juana la Beltraneja: Olmedo, Sepúlveda, Tordesillas y Toro. Algo calma-



'El suspiro del moro', pintura historicista de Pradilla Ortiz (colección particular. 1892. Madrid).

No parece probable la intervención del militar cordobés en la guerra de Granada

dos los ánimos bélicos, algunos abulenses (Sancho de Bullón) participan asimismo a favor de la reina Isabel en la rebelión (o «alboroto», escribe Ayora) de Segovia en el verano 1476: el intento de destituir al alcaide Alfonso Maldonado por su propio suegro Pedro de Bobadilla, con la infanta Isabel encerrada en el alcázar, se solventó favorablemente para la reina católica, para su hija y para los valerosos abulenses, un episodio que el profesor Luis Suárez entiende como la primera de una serie bastante larga de manifestaciones autoritarias, evidencia que, por supuesto, no queda constatada en el relato de Ayora. Contra el rey Alfonso de Portugal luchó también Diego Dávila, cono-

cido como *El aguillilla*, capitán del rey, esforzado y virtuoso caballero «que salió del mundo tan virgen como entró en él», sucediéndole en el cargo Sancho del Águila (padre de Suero del Águila), héroe destacado en la batalla del río Albuera en febrero de 1479 junto a Martín Fernández de Córdoba y Alfonso Enriquez.

En esta batalla, ajustada al molde clásico medieval, se enfrentó un contingente de caballería portuguesa a iniciativa del obispo de Évora y los castellanos partidarios de la reina Isabel, saldándose con la victoria de los últimos y abriéndose ya el período de negociaciones entre unos y otros, al tiempo que el caballero Sancho se le recompensó con un juro de 30.000 maravedíes.

No hay ninguna mala actuación de los caballeros abulenses en los frentes de batalla. Por el contrario, ante los musulmanes Sancho Dávila vuelve a mostrar su virtud, rematada en su «muerte hazañosa», en la conocida batalla de Alhama, en febrero de 1482. En este caso, Ayora describe con cierta precisión la con-

Sus fuentes son indirectas, pero el objetivo sigue siendo resaltar el valor de los abulenses

tienda a partir de la ubicación de la villa, su accidentada orografía, su temida fortaleza.

El cronista Valera trazaba así la alcazaba, «puesta en una peña muy alta e çercada de toda parte de un río, sin tener más de una subida para la fortaleza, por una cuesta muy alta y agria», camino elegido por Dávila para derrotar a los sarracenos, «atormentado de muchas piedras, dardos, garguces y lanzas, el qual jamás dexó de pelear hasta su muerte, y al momento fue hecho muchos pedazos». Los participantes en Alhama coinciden con los que aparecen en otras crónicas, destacando el marqués de Cádiz, Diego de Merlo, Rodrigo Ponce de León, el adelantado mayor de Andalucía Pedro En-

riquez y los alcaides de Jerez, Carmona, Marchena, Arcos, Morón, Archidona y Antequera. Tanto Pulgar como Valera refieren asimismo la muerte de Sancho Dávila, alcaide de los alcázares de Carmona, en el asalto a la fortaleza de Alhama, un enfrentamiento militar con numerosas consecuencias poéticas en Lucio Marineo Sículo (*Sumario*), en W. Irving y en el romance sobre la pérdida de Alhama, que tiene su origen precisamente en esta expedición militar de los Reyes Católicos: «La respuesta que me ha dado / es que mi hija es christiana / y por nombre le avían puesto / doña María de Alhama. / El nombre que ella tenía / mora Fátima se llama».

MUERTE DE ABULENSES. Y en el cerco de Baza otros abulenses encuentran la muerte heroica, al igual que, ya en tiempos del rey Carlos I, Gómez Dávila, tercer señor de Villatoro y Navamorcuende, «fue muerto en servicio del rei católico» frente a la isla de Djerba, depositándose luego su cuerpo en una capilla del monasterio abulense de San Francisco. Las evocaciones históricas de Ayora y la presencia permanente del elemento militar se erigen en el fundamento de posteriores relatos que acentúan las leyendas medievales de la ciudad. Un contrapunto, también otro talante, se aprecia en los últimos folios de la obra de Ayora cuando se menciona, exalta y admira la figura de Alonso de Madrigal, *El Tostado*, cuando, por otra parte, el propio cronista está contemplando la realización de una «solemnísima figura en lo principal del trascoro, a las espaldas del altar mayor, por famosísimo expositor del Evangelio». Toda esa mitología caballeresca, al lado de un entusiasmo por la santidad local, se descubre también en las últimas páginas que Ayora de Córdoba dedica a la fundación romana de Ávila, su entronque con el mítico Hércules e incluso, ya en los momentos coetáneos al propio redactor del Epílogo, a la estrecha vinculación entre el carácter del príncipe don Juan y las virtudes de la abulense Juana Velázquez de la Torre, nodriza del niño y entregada a su causa, pues, como afirmaba Marco Fabio Quintiliano, la virtud es consecuencia de la crianza. «E pues todo esto es así verdad, justamente es que los descendientes de tales raíces y moradores se esfuerzen en parecer a sus antepasados y sobrarles en toda virtud si fuera posible».

Pasa a página siguiente.

La figura histórica de Gonzalo Ayora de Córdoba (III)

Viene de página anterior.

José María Quadrado, en 1884, vaticinaba ya algo sobre las invenciones abulenses en relación con una supuesta historia mítica y caballeresca. Informes de sucesos que, en definitiva, establecen unas redacciones en torno a acontecimientos reales o imaginarios -pero asumidos- en los siglos medievales y en los primeros años del Quinientos.

Dado que tanto los reyes como ciertos «héroes» abulenses quedan enormemente resaltados tanto en el *Epílogo* como en otras crónicas y libros de historia, la sucesión prodigiosa de esos acontecimientos efímeros marcarán la vida erudita y dorada de la ciudad en los siglos posteriores.

La lectura del *Epílogo* de Gonzalo de Ayora sorprende, pues más que explicar la historia de la muy noble ciudad de Ávila, se relatan sucesos temporales que acontecen lejos del marco urbano, con personajes que quedan marcados por su nobleza, valor y arrojo frente a unos enemigos, a veces anónimos, que están caracterizados por actitudes desconsideradas, infieles o engañosas.

La muerte de Isabel I torcería la vida de algunos personajes hasta el momento vinculados a la reina

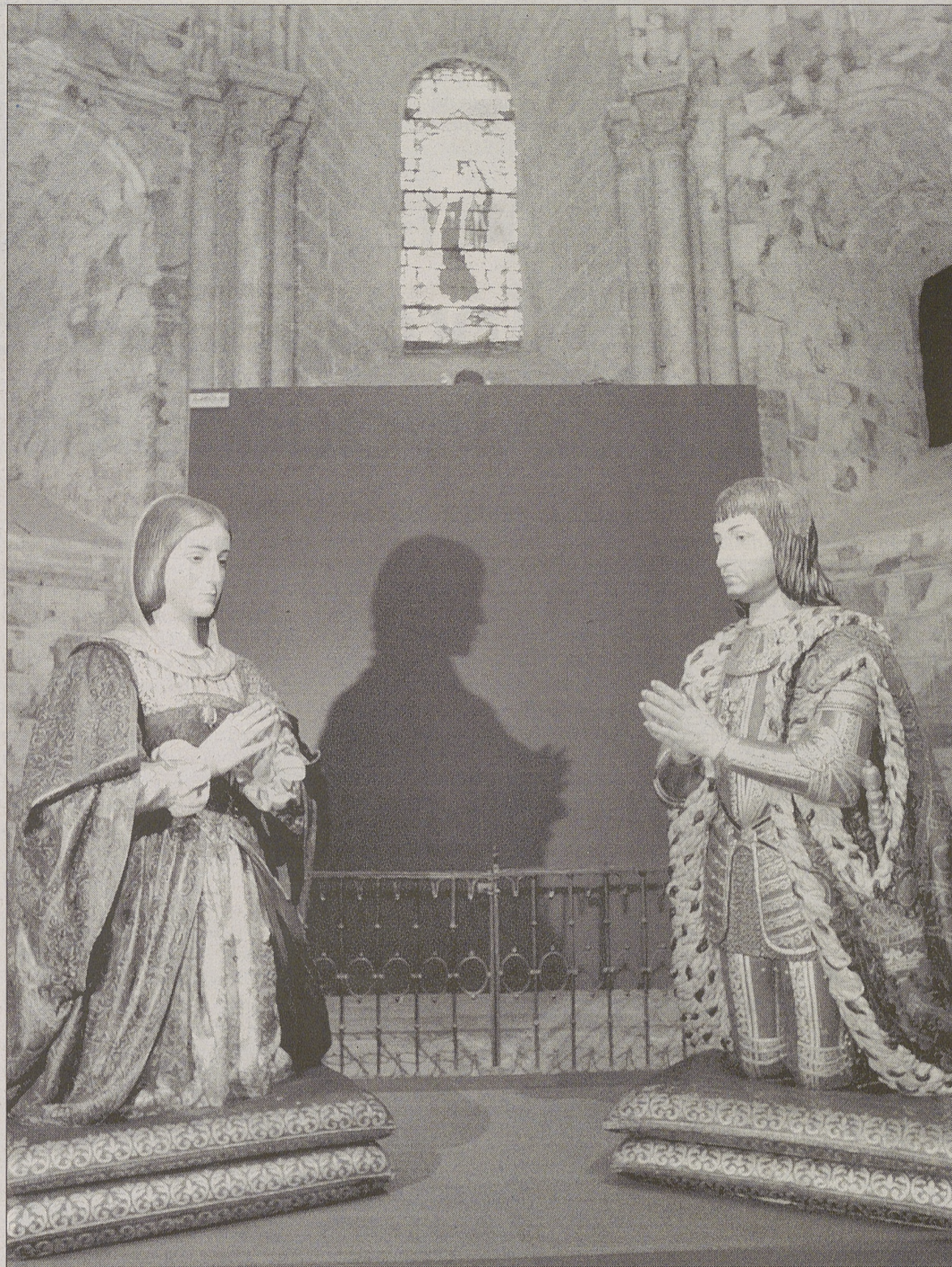
Las crónicas, y particularmente la obra de Ayora, reflejan muchos aspectos de las culturas medieval y moderna, con valores interesantes para los estudiosos de las ciencias sociales. A veces, la escasa calidad literaria e historiográfica de esas crónicas ha provocado su olvido o la escasez de investigaciones. Algo que, por otra parte, necesita cierta enmienda.

LA MUERTE DE ISABEL I

La muerte de la reina Isabel I en noviembre de 1504, en la villa de Medina del Campo, no sólo planteó un problema sucesorio que a la larga se saldaría con la llegada a los reinos hispánicos de una dinastía relacionada con el mundo centroeuropeo, sino que, en un ámbito más interno, torcería la vida de algunos personajes hasta ese momento estrechamente vinculados con la reina católica.

En esos años iniciales del siglo XVI padecen los castellanos las repercusiones políticas del fallecimiento de la reina, la crisis económica se agudiza por las malas cosechas, las epidemias y el hambre, la alta mortandad y el incremento de la presión fiscal sobre los vecinos pecheros de la Corona.

Desde el año 1501, Ayora figuraba como «cronista» de la reina, un cargo de confianza burocrática, biográfica y literaria que llevó al militar cordobés a emprender algunas gestiones diplomáticas en Alemania y a participar en la guerra del Rosellón desde el año 1503. Las alteraciones que sufrirá su vida a partir de 1504 le convertirán, al margen de su labor como humanista, cronista y militar, en un conflictivo personaje para los intere-



Esculturas de los Reyes Católicos (Pedro de Mena, s. XVII), expuestas en la muestra de Las Edades del Hombre en Ávila.

El apoyo de Ayora a Felipe I le granjea la pérdida de confianza de Fernando el Católico

ses de Felipe el Hermoso, primero, y de Carlos V desde 1517.

Aunque inicialmente su apoyo a la causa de Felipe I -alterada ya mentalmente la reina Juana- le granjea la pérdida de confianza de Fernando el Católico, apartándole del cargo de capitán de sus guardias, poco a poco Ayora se va alejando de la corte flamenca para apoyar plenamente a Cisneros en su regencia tras la muerte del hijo de Maximiliano I de Austria.

Ya en esos instantes, el militar cordobés era consciente de la gravedad de la situación política y, sobre todo, social y económica. Apreciaciones que se reflejan en algunas cartas del futuro comunero al secretario Miguel Pérez de Almazán en 1507. En una epístola, fechada en Palencia el 16 de julio del mismo año, Ayora se quejaba de cómo la gente menuda ya no podía contribuir con todas las

exacciones fiscales exigidas, cómo el pueblo demostraba su descontento contra el rey Fernando y, por último, cómo había que adoptar las medidas apropiadas para salir del paso «y no se dé a diez lo que pertenece a ciento», contemplándose -según el hispanista Joseph Pérez- la posibilidad de una revuelta armada ante el deterioro que sufrían las tierras y los hombres castellanos.

Apartado durante algunos cortos períodos de la Península Ibérica por su participación en las campañas norteafricanas, Ayora, sin embargo, no perdió nunca el contacto con la explosiva situación interior por la que atravesaba la Corona de Castilla desde el año 1504.

Al año siguiente, el militar cordobés denunció los abusos del inquisidor Diego Rodríguez Lucero en su ciudad natal, justo en unos momentos en que el Santo Oficio pretendía ser reformado tras la muerte de Isabel I. De hecho, algunos historiadores, como Tarsicio de Azcona, sostienen que el propio tribunal de la Inquisición, con todos sus atropellos, se sostenía por el prestigio personal y político de la reina católica, mientras que desde 1504, tras las «luengas alteraciones» en Castilla, los excesos inquisito-

Poco a poco Ayora se va alejando de la corte flamenca para apoyar plenamente a Cisneros

riales «ynfamaron todos estos reynos y destruyeron gran parte dellos, syn Dios y syn justia, matando y robando y forçando donzellas y casadas, en gran vituperio y escarnio de la religión christiana», uniéndose la voz de Ayora a la de los estamentos más significativos de Córdoba en su denuncia sobre las formas y procedimientos arbitrarios llevados a cabo por el inquisidor conocido como «el Tenebroso».

Unos años más tarde, en los primeros años del emperador Carlos V, tanto Ayora como otros comuneros retomarían este asunto de una política interna que gravitaba en torno a la relación de los rebeldes con el clero y la Inquisición, proyectando si no suprimir el tribunal, sí hacer menos severos sus procedimientos.

Con cuarenta y cinco años, Ayora parece que abandona definiti-

vamente sus labores militares, muy intensas tanto en el Rosellón como en el norte de África (Orán y Mazalquivir) en la primera década del Quinientos.

Una vida aparentemente más relajada se abría para el cronista, un individuo perteneciente a ese ecléctico grupo de las clases medias de la primera mitad del siglo XVI, formado por gentes que se mantenían al margen de los órdenes privilegiados y desarrollaban su vida a partir de sus actividades profesionales: artesanos e industriales, oficios textiles, burguesía de los negocios, industriales y financieros, notarios y magistrados, universitarios y militares...

Durante la regencia de Cisneros, Ayora de Córdoba es corregidor en León gracias al respaldo político que el cronista brinda al cardenal, incorporándose después al movimiento comunero no sólo por sus posiciones políticas, sino como reacción ante los abusos de la nobleza en las ciudades castellanas y la ineficacia y corrupción de muchos funcionarios de la Corona.

Al año siguiente, el militar cordobés denunció los abusos del inquisidor Diego Rodríguez Lucero

Es entonces cuando Ayora se acerca a Ávila para redactar el *Epílogo* que vería la luz en una imprenta salmantina en 1519, año en el que ya casi definitivamente se retira a la ciudad de Valladolid aunque manteniendo fuertes vínculos en Palencia por su matrimonio con doña Isabel Vázquez. Formado como humanista, alejado ya de su papel oficial de militar, Ayora se convierte en un claro representante de la elite política que desde los últimos años del reinado de Isabel I permaneció marginada en las funciones urbanas, eclipsada ante la ofensiva aristocrática y los nuevos tiempos que corrían desde la llegada a Castilla de Carlos de Gante. Con la aparición en escena del emperador, Ayora dirige un escrito al Consejo Real en el que trata de explicar el fondo del malestar que inundaba Castilla, afirmando que «en España había y hay tres estados de gente, los grandes, los medianos y el tercer miembro era el resto, de cuya industria y trabajo todos se mantenían», agregando que este miembro postrimero «ha caído en la cuenta de cómo llevaba toda la carga de lo civil y lo criminal... han comenzado lo que hemos visto por desear este yugo». Por otra parte, parece que la relación política de Ayora con el cabecilla comunero Juan de Padilla fue bastante estrecha. Aunque numerosas cartas del cronista se han perdido, Joseph Pérez refiere cómo su propósito era inmortalizar el nombre de Padilla, pues, por escritor razonable, pide que le «desagrauien de ciertos agrauios... y que tiene el zelo inflamado del seruido de Dios y de sus altezas y bien común de estos reynos».

Tercera entrega, el próximo domingo.